

El Ejército francés en el territorio de Suchet Jean-Marc Lafon

La capitulación de Zaragoza el 21 de febrero de 1809 supuso, más allá de la pérdida de un material bélico precioso, un desgaste humano altísimo: unos 50.000 vecinos y defensores muertos, causados por el hambre y el tifus más bien que por la artillería y el genio imperial, y unos 12.000 deportados a Francia. Además provocó un choque psicológico proporcional al peso simbólico que había adquirido la ciudad del Pilar, en España así como en toda Europa, durante los Sitios. Ambos factores hicieron que decayera el ánimo de los aragoneses y que se creara un ambiente favorable a la pacificación de la provincia: todas sus fortalezas fueron cedidas sin combate, con la única excepción de Mequinenza.

Pero las necesidades de la guerra provocaron la pronta dispersión de las fuerzas sitiadoras, especialmente de su artillería y caballería. El pequeño III Cuerpo imperial –futuro Ejército de Aragón en marzo de 1811– fue el encargado de su pacificación, bajo el mando desde mayo de 1809 de un joven general, Louis-Gabriel Suchet.

Con el gobierno de Suchet comienza una marcha triunfal hasta la primavera de 1812, multiplicándose los éxitos: la sumisión de Aragón; la habilidosa toma de las fortalezas de Baja Cataluña; la conquista de la mayor parte del Reino de Valencia; la explotación razonada y compartida del territorio... Suchet fue el único jefe imperial que ganó el bastón de mariscal en la Península –el 8 de julio de 1811, a consecuencia de la toma de Tarragona– y que mereció repetidas alabanzas en el *Memorial de Santa Elena*. Según el *Journal anecdotique de Madame Campan* (1824), Napoleón llegó a afirmar que “si hubiera tenido dos mariscales como Suchet en España, no sólo hubiera conquistado la Península, sino que la hubiera conservado”. Por otra parte, siguiendo el modelo de César en sus *Comentarios*, el mariscal fue un hábil propagandista de sí mismo en sus *Memorias*, aparecidas en 1828, y supo edulcorar muchos asuntos (el bombardeo de la población civil en Lérida, el asalto sangriento de Tarragona, la expedición fallida contra Valencia en la primavera de 1810...).

Por lo tanto, este trabajo se esfuerza por esclarecer el impacto militar de Suchet en Aragón y territorios vecinos, como también sus límites, en contra a unos historiadores franceses demasiado benévolos como Jean-Louis Reynaud. Por eso, analizaré las fuerzas y flaquezas de su Ejército, su política aragonesa de contrainsurgencia, los motivos y balance de sus campañas exitosas en Baja Cataluña y Valencia; por fin estudiaré el ocaso y retirada de sus tropas.

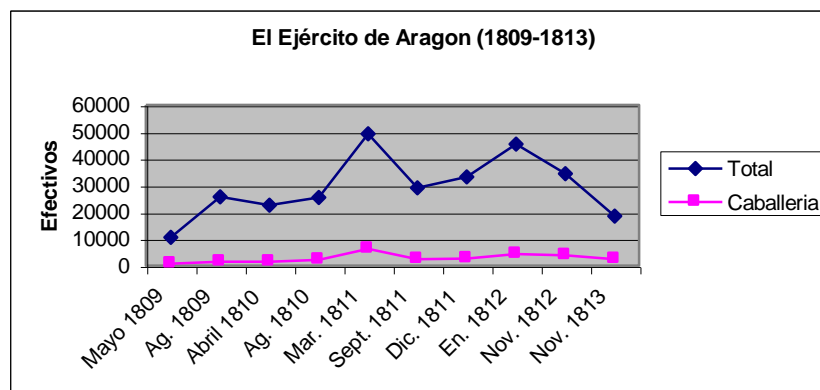
Del III Cuerpo al Ejército de Aragón: ¿el nacimiento de una fuerza de élite?

En mayo de 1809, nos encontramos con una unidad bisoña (salvo los 14^o y 44^o de línea), sin cohesión, con pésimas condiciones materiales (falta de zapatos, capotes...) y poca moral. Además se había visto muy perjudicada durante el segundo sitio: así el 117^o de línea contaba con un 37% de bajas, y el 115^o sólo tenía armados al 33,5% de sus efectivos, los restantes padeciendo en terribles hospitales. La ofensiva del Ejército de Blake, entre fines de mayo y junio, supuso una afrenta para el ejército de Suchet al mismo tiempo que un incentivo para el combate. Aunque acabó por derrotarlo, en María de Huerva y en Belchite, los dispersados y desertores nutrieron la guerrilla.

Aprovechando su formación de negociante sedero lionés así como su experiencia de jefe de estado mayor durante la campaña de Italia, Suchet se dedicó a mejorar las condiciones de sus hombres. Por eso, regularizó la comida al dotar cada regimiento de un rebaño, así como los pagos de la soldada, muy atrasados. No olvidó el servicio sanitario: en octubre de 1810,

sus efectivos habían aumentado un 60,7%, con la llegada de una compañía de enfermeros, y se crearon hospitales en Zaragoza e incluso casas de convalecencia, como en Castellón de la Plana. Aseguró sus comunicaciones con Francia, con una línea de etapas (Urdoz / Camfranc / Jaca / Anzánigo / Ayerbe / Zuera / Zaragoza) que permitiera obtener fácilmente refuerzos y material. Destituyó a los oficiales incapaces, reprimió la desertión y el saqueo de manera estricta; multiplicaba los ejercicios y maniobras de la tropa. La disciplina y buena administración del III Cuerpo –Ejército de Aragón desde marzo de 1811– fueron destacadas por numerosos testigos imperiales, ya fueran oficiales (Bouillé, Brun de Villeret, d’Agoult, el coronel Morin, Brandt, Wojciechowski...), soldados rasos (Graindor) o miembros del servicio sanitario generalmente dotados de un agudo espíritu crítico (Dufour, Tyrbas de Chamberet, Fée...).

El gráfico siguiente demuestra el auge del III Cuerpo durante los primeros meses de 1809, fruto de las medidas de Suchet (regreso de unidades destacadas a ejemplo de la 3ª división del general Habert, retenida en Castilla la Vieja por misiones de contraguerrilla, curaciones, obtención de refuerzos desde Francia...). Durante este periodo, la media de efectivos se acerca a los 29.400. Los picos en las primaveras de 1811 y 1812, correspondientes a sus expediciones en Baja Cataluña y Levante, también revelan una mejora: sus primeros éxitos incitaron Napoleón a confiarle nuevas misiones, con importantes refuerzos temporales, extraídos generalmente del resto de ejércitos imperiales presentes en la Península.



Fuentes: Estados de situación en Reynaud, Sarramon y Suchet.

Pero en esta gráfica no aparece otro fenómeno, subrayado con razón por D. W. Alexander en su pionera obra sobre la contrainsurgencia en Aragón. O sea la progresiva fractura de dicho Ejército entre una parte escogida y ofensiva, detrás del “mariscal siempre victorioso”, y otra que tenía que preservar Aragón, región proveedora de cereales, ganado, tejidos y salitre (ambas industrias desarrolladas por los ocupantes), elementos esenciales para su abastecimiento. Su número seguía bajando: contaba con 10.000 hombres durante el sitio de Lérida, 8.400 durante los de Tortosa y Tarragona, y sólo 5.300 cuando se produjo la conquista de Valencia... Salvo la temida *Gendarmerie d’Espagne* (entre 1.200 y 1.800 veteranos según el periodo), se trataban cada vez más de tropas bisoñas y/o extranjeras, de cualidad dudosa; además se dispersaban entre unos treinta puestos atrincherados y reducidas a la defensiva, lo que incrementaba su vulnerabilidad frente a la amenaza guerrillera.

También se debilitaron los cuerpos de élite en las continuas batallas y sitios, sobre todo los “cuerpos científicos”, lo que era ya notable en junio de 1809. En septiembre y octubre de 1811, el general Rogniat reclamó sin éxito 20 oficiales de ingenieros, 5 compañías de zapadores, 2 de minadores y caballos de tiro necesarios para los asedios de Sagunto y Valencia. En la primavera de 1812, con los preparativos de la campaña de Rusia, perdió sus

unidades polacas (unos 6.000 hombres) y sus divisiones italianas se reunieron con su cuerpo de origen: en adelante, Suchet tenía que controlar la mayor parte del Reino de Valencia con menos de 15.000 hombres... Tal misión se volvía cada vez más difícil frente a las ofensivas aliadas procedentes de Alicante, con la amenaza constante de un desembarco inglés en su retaguardia.

Naturaleza y alcance de una política contra-insurreccional (julio de 1809/febrero de 1810)

Al mismo que varios otros jefes imperiales –y el propio general Bonaparte en Italia y Egipto–, Suchet era consciente de la necesidad de ganarse cierto apoyo de la población, más allá del uso de la sola fuerza. La “iniciación” militar del futuro “pacificador” de Argelia, Thomas Bugeaud, en el Ejército de Aragón permite a varios autores (Alexander, Reynaud, Puyo...) considerar a Suchet como un precursor de la contrainsurgencia contemporánea. Muy apreciado por el duque de Albufera, Bugeaud fue capitán y luego jefe de batallón del 116º de línea, fue además condecorado de la *Légion d'honneur* en junio de 1811. Desde marzo de 1830, recomendó aplicar en Argelia las lecciones de la *Guerre d'Espagne* antes de pasar a una “conquista absoluta” de la colonia entre 1840 y 1847.

La primera fase, después de las derrotas de Blake, fue de índole militar, como contraguerrilla. Se trataba de limpiar las periferias aragonesas, con columnas móviles innovadoras por su propia naturaleza, dotadas de caballería y artillería de montaña. Destruyeron las guaridas insurgentes, generalmente santuarios encaramados y fortificados (San Juan de la Peña, Nuestra Señora del Águila, Nuestra Señora del Tremedal...). Sus jefes eran oficiales autónomos y preparados (el mayor Rubichon del 13º Cuirassiers, el capitán Lecomte del 115º de línea, el capitán Berthaux del 114º de línea...) así aprovechados por Suchet. También quemaron aldeas y ejecutaron campesinos armados y curas en zonas hostiles como el valle de Roncal. Varios centenares de insurgentes convencidos (especialmente monjes y estudiantes) fueron deportados a Francia.

Pero muchas veces, las bandas o parte de ellas pudieron escapar y volver, cuando las columnas se alejaban. Además de por las órdenes imperiales, la extensión de las conquistas se produjo por la voluntad de asfixiar materialmente la resistencia: en junio de 1811, el mariscal Bessières consideraba con razón Valencia como “*el almacén del norte y del centro de España*”. Sin embargo, no siempre fue fácil la colaboración entre los gobernadores de provincias vecinas como evidenciaban los continuos enfrenamientos entre Suchet y el general d'Agoult, gobernador de Navarra. Como señala Don W. Alexander, “*la cooperación tenía pocas probabilidades de éxito y muchas posibilidades de pérdidas elevadas, lo que reforzaba la voluntad de cada uno de actuar por sí mismo*” y las pocas operaciones conjuntas resultaban demasiado breves.

Después, intentó restablecer la orden pública, o al menos, cierta normalidad, después de la creación de una red de puestos (generalmente conventos fortificados) en las principales ciudades y aldeas, preludeo de una pacificación que se extendería como una “mancha de aceite”. Por eso, desde el 19 de junio de 1809 manifestó su voluntad de proteger a la población y respetar el clero y las tradiciones. Por eso, Suchet impuso una disciplina muy estricta a sus tropas e intentó favorecer una relativa coexistencia con los habitantes, al escoger guarniciones durables como el 115º de línea que estuvo casi siempre acantonado en Caspe. También explotó las tradicionales rivalidades con catalanes o valencianos; desarrolló una red de espionaje: en enero de 1812, destinó 4.000 francos a su sucesor en Aragón, el general Reille, para pagar a sus agentes. Por otra parte, empleó unos métodos políticos clásicos en el sistema napoleónico, al apoyarse en las élites tradicionales (alto clero, “*intelligentsia*” ilustrada o nobleza regnícola en Valencia) y fomentar una administración autóctona, mejor tolerada. Hasta decidió la reunión de una Junta de “*todos los hombres sensatos de Aragón*” en

Mora, durante el otoño de 1810, para que fijasen las cuotas de imposición. Finalmente, intentó promover actividades económicas, prueba de una relativa prosperidad.

De hecho, el ideal perseguido por Suchet, a diferencia de Soult en Andalucía a partir de mayo de 1810, no era “*una reunión entusiasta, sino una obediencia hurañá*” como ya destacó Don W. Alexander. Esta política tuvo un cierto éxito: apareció un núcleo colaboracionista (más bien que afrancesado, sobre todo en Valencia, donde las élites eran mayormente conservadoras). El interior de Aragón conoció un periodo de paz relativa entre mayo de 1810 y agosto de 1811, y las contribuciones de 1811 superaron las del año anterior, sin ninguna ayuda del Tesoro francés.

Pero esto también ocurrió en otras partes de España, fruto de las repetidas derrotas de los ejércitos patriotas, del cansancio popular y de un deseo de orden de parte de las élites frente a una situación potencialmente revolucionaria; véase la marcha triunfal del Rey José por Andalucía en la primavera de 1810... La mayor prueba de las limitaciones del programa de Suchet es el reclutamiento de fuerzas autóctonas en Aragón, ya fueran defensivas (guardias cívicas) u ofensivas (varias compañías de *gendarmes*, fusileros y cazadores a caballo). Las primeras se crearon muy lentamente (sólo a partir de 1813 en Zaragoza) y casi todas por fuerza, las segundas eran pocas –unos cuatrocientos hombres sobre una población de 650.000 – y de poca confianza. Desde junio de 1811, varios *gendarmes* intentaron entregar la ciudadela de Jaca, y la mayor parte de estos auxiliares desertó a lo largo de 1812, los restantes fueron desarmados y enviados a Francia. Por el contrario, el reclutamiento autóctono resultó mucho más eficaz y duradero en tierras meridionales: sin contar los casi 40.000 guardias cívicas, llegaron a los 4.286 en noviembre de 1811, e incluso 5.124 el 15 de mayo de 1812, pocas semanas antes de la evacuación definitiva de Andalucía por las tropas de Soult.

Por fin, se conocen varios “deslices”, incluso en este “Ejército modelo”. Citemos algunos de ellos. Según el joven Larréguy de Civrieux, el general Habert era sospechoso del degüello de 200 a 300 monjes deportados a Francia después de la toma de Tortosa. En su carta a Berthier del 17 de abril de 1810, Suchet solicitó la ejecución de Javier Mina, recién capturado, como escarmiento. Obra del gobernador francés, general Henriod, la represión resultó particularmente feroz en Lérida: al menos 201 personas acabaron fusiladas entre el 23 de mayo de 1810 y el 12 de septiembre de 1813, y el empleo de la tortura se fue generalizando con los insurgentes, los descontentos y los malos contribuyentes. Pero fue el propio Suchet el que había escogido a Henriod, en mayo de 1810, por su “*exacta probidad, gran firmeza y necesario recelo*” para recaudar los impuestos, y que cubriría, en adelante, sus exacciones...

La conquista de la Baja Cataluña (marzo de 1810/julio de 1811) y Valencia (septiembre de 1811/enero de 1812): raíces y efectos del éxito

Necesitaron cuatro sitios importantes para conquistar la Baja Cataluña (Lérida, Mequinenza, Tortosa y Tarragona) y otros dos para Valencia (Sagunto y Valencia, además de los cortos bloqueos y/o asaltos de Oropesa y Peñíscola). Se trataba de una estrategia habitual en el marco napoleónico, apoyarse en plazas de armas para desarrollar sus ofensivas. Así Mequinenza albergó el tren de sitio y los pertrechos de ingeniería destinados al asedio de Tortosa, y Morella, tomada el 13 de junio de 1810, constituyó una base para nueva expedición contra Valencia.

En cada asedio la poliorcética imperial probó su aplastante superioridad, fundada en la perfecta colaboración entre la ingeniería (general Rogniat) y la artillería pesada (general Valée). Por eso superó, de manera tajante, las dificultades que habían surgido en los sitios difícilmente acometidos por el Ejército de Cataluña contra Rosas y Gerona, que se caracterizaron por las discrepancias entre mandos, una planificación deficiente y asaltos tan sangrientos como mal preparados. Gracias a Rogniat fueron resueltos los problemas logísticos

inherentes a la guerra (especialmente serios en la Península ibérica por su complicada orografía), mediante la apertura de una carretera de 80 km para los cañones hacia Tortosa o el empleo de gabarras en el Bajo Ebro. También desempeñó un papel muy importante el buen conocimiento que tenían Suchet y Rogniat de los sitios anteriores en la zona, planteados en 1707 y 1708 durante la Guerra de Sucesión. Por último, honores, pagas aumentadas, raciones de vino o aguardiente y gratificaciones alentaron a los soldados y oficiales napoleónicos.

Salvo Tarragona, donde el último gobernador, Juan Senén de Contreras, emprendió una lucha a muerte, todas estas fortalezas capitularon de manera bastante rápida, lo que la opinión patriota no dudó en calificar de traición. Por supuesto, la falta de liderazgo entre los sitiados fue evidente tanto en Lérida, como en Tortosa, Valencia y Peñíscola. Pero iba más allá. En mayo de 1811, el propio general O'Donnell condenó públicamente varias veces “*la cobardía y la más inconcebible perfidia*” de los defensores de Lérida. De hecho, las proezas de Zaragoza y Gerona ya no parecían posibles ni siquiera deseables. Pues la solución desesperada de la “guerra de calle a calle y casa a casa” siempre fue rechazada, incluso en Valencia, donde la francófoba población estaba muy exaltada desde las matanzas de junio de 1808 que afectaron a los negociantes franceses de la ciudad y un centenar de rezagados del Ejército de Moncey.

También hubo que hacer frente a varios ejércitos de socorro en batallas como Margalef (23 de abril de 1810) y Sagunto (25 de octubre de 1811). Ambas resultaron ganadas y hábilmente explotadas, como una “guerra psicológica”, para obtener la pronta rendición de las plazas sitiadas de Lérida y Sagunto. Así cumplió Suchet su objetivo esencial, la aniquilación metódica, a la vez humana y material, de los ejércitos españoles, lo que muestra la tabla siguiente. Por supuesto, si unos millares de prisioneros pudieron evadirse durante su deportación a Francia, la mayor parte, sin duda, resultaba abatida y desanimada. La pérdida más sensible para el bando patriota fue la de oficiales y suboficiales experimentados. A pesar de algunas incertidumbres y contradicciones (por ejemplo, los fusiles recuperados en Valencia oscilan entre 13.000 y 42.000 según las fuentes), también aparece notable el desgaste material, al traer a colación estas sugerentes cifras: mientras que entre julio de 1808 y finales de 1810 Inglaterra destinó 342 cañones a España, la producción de la Real Fundición de Sevilla, la única en posesión de los patriotas hasta febrero de 1810, fue de 329 piezas durante 1808 y 1809.

Pérdidas españolas en los sitios y batallas de la Baja Cataluña y Valencia

Sitios /batallas	Muertos	Prisioneros/heridos	Bocas de fuego	Fusiles
<i>Margalef</i>	≈ 500	5.617	3	¿
Lérida	1.200	7.748	105	10.000
Mequinenza	≈ 400	1.400	45	¿
Tortosa	1.400	9.641	182	9.000
Tarragona	4.000*	9.781	322	15.000
<i>Sagunto</i>	1.000	4.681	12	¿
Sagunto	¿	2.582	17	2.300
Valencia	¿	18.219	393	42.000
Peñíscola	¿	-	66	-
TOTAL	8.500	59.669	1.145	78.300

* Habitantes incluidos

Fuentes: Registros de prisioneros y material en Belmas, vol. III y IV.

Pero estos éxitos tuvieron un alto precio: el Ejército de Aragón había alcanzado el “punto culminante” que teorizaría Clausewitz algunos años después. No se podía proyectar sitiar Alicante y Cartagena (muy fortificadas y reforzadas por tropas británicas y sicilianas) con sus propias fuerzas, y Sault, amo de Andalucía, solía manifestar poca voluntad de cooperar con sus competidores (*a fortiori* si eran felices)... Suchet tenía que controlar una

zona de unos 78.000 km², con fuerzas claramente insuficientes y reducidas a la defensiva. Por lo tanto, se despreocupó algo de Aragón. El despliegue de las fuerzas imperiales hacia el este permitió a Wellington apoderarse de las fortalezas fronterizas de Ciudad Rodrigo y Badajoz, y obtener así la iniciativa estratégica en la Península. Por eso comparó Sarramon la conquista de Valencia con una “fruta envenenada”.

De las primeras alarmas a la evacuación de Aragón y Valencia (septiembre de 1811/julio de 1813): ¿un ocaso ineluctable?

Durante cada operación “exterior” de las tropas de Suchet, los generales patriotas intentaron fomentar acciones guerrilleras en Aragón, por falta de fuerzas regulares, para debilitar su dominio, y hostigar sus líneas de comunicación. El objetivo último era retrasar, o incluso impedir las empresas de Suchet, cada vez más temido por las autoridades insurgentes. En el norte de la provincia, la guerrilla permaneció como algo local y difuminado hasta las primeras incursiones de Espoz y Mina en la primavera de 1811 que durante los preparativos del sitio de Tarragona lograron inmovilizar al cuádruple de sus efectivos. En cambio, en el Bajo Aragón, la guerrilla estaba nutrida por los restos de los ejércitos regulares, y por lo general, sus cabecillas eran oficiales (Villacampa, Gayán, Durán...) familiarizados con la “pequeña guerra”. Además de sus acciones, se esforzaron en reclutar aragoneses para aumentar sus efectivos. Podían fácilmente refugiarse en Castilla en caso de persecución, y recibían armas, municiones y dinero desde Valencia.

Tal estrategia indirecta, con sus maniobras de distracción, no tuvo un éxito real durante los comienzos de la conquista de Baja Cataluña, o sea la toma de Tortosa, nudo de comunicaciones crucial entre Cataluña y Valencia. Los pequeños cabecillas carecían generalmente de medios, y los protagonistas más importantes estaban divididos en torno a la táctica que seguir, especialmente entre Villacampa y Caravajal, lo que acarreó bastantes desgracias para sus tropas. Tampoco fueron capaces de oponerse de una manera eficaz al sitio de Tarragona. Villacampa y Juan Obispo tuvieron que replegarse hacia Valencia, y Durán acabó derrotado por las tropas napolitanas, a pesar de su dudosa cualidad. Entre muertos y prisioneros, las pérdidas de los guerrilleros se aproximaron a los 4.700, contra 2.500 de los ejércitos imperiales, en su mayoría debidas a la desertión de destacamentos enteros hacia Francia.

Todo cambio con la última campaña contra Valencia. Frente a esta amenaza, Blake movilizó a los líderes guerrilleros. Las partidas reunidas del Empecinado y Durán (unos 6.000 hombres) obtuvieron la rendición del convento fortificado de Calatayud, defendido por 840 imperiales (en su mayoría bisoños), el 4 de octubre de 1811. Lo hicieron gracias a un sistema de zapas realizado por mineros asturianos: en adelante, todos los puestos imperiales fueron vulnerables... Poco después, batieron a la columna de socorro en una emboscada, prueba del endurecimiento creciente de las guerrillas. En la otra orilla del Ebro, Espoz y Mina hizo lo mismo, tomando Ayerbe y unos 700 prisioneros. Otra incursión de su partida (unos 3.000 hombres) conquistó Huesca por la zapa y derrotó a la columna móvil del general Abbé, ya dotada de artillería, en campo abierto: “*el cazador estaba a punto de ser cazado*”. Por lo tanto, el otoño de 1811 vio el hundimiento del poder napoleónico en Aragón, manifestado en el aumento de las bajas imperiales (unos 3.300 hombres) y la consecuente caída de las contribuciones.

En adelante, el aniquilamiento de la guerrilla se volvió el objetivo prioritario de los jefes franceses. Suscitó la formación del Ejército del Ebro, especialmente dedicado a esta tarea, pero ya era demasiado tarde. Estando la guerrilla casi ausente del Reino de Valencia, Suchet no había podido percibir su metamorfosis (regularización, militarización y aprendizaje en la “gran guerra”). Su sucesor en Aragón, el general Reille, con unos 11.000 hombres cansados, hambrientos y dispersados, permaneció en la defensiva frente a las partidas de

Durán, Villacampa, el Empecinado, Gayán y Espoz y Mina que superaban los 24.000 combatientes. La colección de mapas elaborada por Alexander en su destacado libro subraya la ineluctable contracción de la “zona útil” aragonesa en manos de los imperiales, a partir del verano de 1812.

En agosto de 1813, su último gobernador, el general Pâris, evacuó con dificultad Aragón, salvo los castillos de Monzón y Mequinenza. A principios de julio, Suchet lo había hecho en Valencia, aunque dejando tras de sí guarniciones en varias fortalezas (Denia, Sagunto, Peñíscola y Morella) y en la Baja Cataluña (Tortosa, Lérida y Tarragona), en previsión de una eventual contraofensiva... Por supuesto, fueron perdidas sin sacar ningún provecho, varias de ellas engañadas por una estratagema del oficial josefino renegado Juan Van Halen y Sarti.

Conclusión

En este trabajo, me he esforzado en dar una visión más justa y moderada del Ejército de Aragón así como de su notorio jefe, el mariscal duque de Albufera, dejando de lado afirmaciones fácilmente patrioterías por parte de ciertos autores franceses. No fue el único oficial superior napoleónico que supo combatir la guerrilla ibérica, una forma de lucha inédita por su amplitud, duración y proceso de militarización (éste al menos en la mayor parte del tercio septentrional de España) y tal experiencia pesó poco en sus éxitos militares, principalmente obtenidos por su superioridad poliorcética y operacional.

Además, su tan celebrada “conquista de los corazones y espíritus” de los Aragoneses pronto tuvo limitaciones prácticas, subrayadas con razón por el historiador militar tejano Don W. Alexander. Se conciliaba mal con su voluntad de explotación económica de la provincia, conforme al imperativo napoleónico de “vivir sobre el terreno”, sobre todo después de los decretos de febrero y mayo de 1810 que hacían de las provincias septentrionales de España gobiernos militares dependientes de París. Si bien pudo atraer a algunos ilustrados procedentes de las élites socioculturales, no consiguió una verdadera adhesión popular. Lo manifiesta el bajo nivel de reclutamiento autóctono, especialmente si se compara con el alcanzado en el Mediodía por Soult, con doctrina y métodos algo diversos.

Por lo tanto, parecen algo exageradas y artificiales las demostraciones oficiales de pesadumbre cuando evacuaron la antigua Corona de Aragón los combatientes imperiales. No sé si lloraron muchos aragoneses o valencianos al aprender la muerte del duque de Albufera en 1826... Desde luego, en 1859, durante su larga estancia turística por España, el antiguo farmacéutico militar Apollinaire Fée evocó la “*venerada memoria*” del mariscal Suchet entre los valencianos, pero uno no puede dejar de desconfiar de tal testimonio, piedra angular de una reciente leyenda dorada napoleónica, favorecida por la Monarquía de Julio y el Segundo Imperio...

Bibliografía

- Alexander, Don W., *Rod of Iron. French Counterinsurgency policy in Aragon during the Peninsular War*, Wilmington, Scholarly Resources, 1985.
- Aymes, Jean-René, « Soult en Andalucía y Suchet en Zaragoza y Valencia: dos métodos de pacificación diferenciados », *Cuadernos del Bicentenario*, 9, 2010, p. 21-49.
- Belmas, Jacques-Vital, *Journaux des sièges faits et soutenus par les Français dans la péninsule, de 1807 à 1814*, Paris, Firmin-Didot, 1836-1837, 4 vol.
- Bois, Jean-Pierre, *Bugeaud*, Paris, Fayard, 1997.
- Colson, Bruno, *Le général Rogniat, ingénieur et critique de Napoléon*, Paris, Economica, 2006.
- « Napoléon et la guerre irrégulière », en Hervé Coutau-Bégarie (dir.), *Stratégies irrégulières*, Paris, Economica, 2010, p. 345-371.
- Lafon, Jean-Marc, « La poliorcética napoleónica durante la Guerra de la Independencia y los sitios de Cataluña », *Las fuerzas combatientes en Cataluña durante la Guerra de la Independencia española. VI Foro Internacional sobre la Guerra de la Independencia, Cuadernos del Bicentenario*, 7, 2009, p. 121-141.
- « Estudio de la artillería napoleónica en España durante la Guerra de la Independencia (1808-1814), y especialmente de su empleo en la contraguerrilla », *Militaria, Revista de cultura militar*, 23, 2009, p. 137-151.
- « ¿Contra-insurrección y/o guerra total? Estudio de la “política pacificadora” desplegada por Soult en Andalucía (1810-1812) en el nuevo marco bélico », *Cuadernos del Bicentenario*, 10, 2010, p. 175-190.
- Puyo, Jean-Pierre, « Les expériences de Suchet à l’armée d’Aragon et leur influence sur l’action de Bugeaud en Algérie », *Revue du Souvenir Napoléonien*, 439, 2002, p. 42-51.
- Reynaud, Jean-Louis, *Contre-guérilla en Espagne. Suchet pacifie l’Aragon*, Paris, Economica, 1992.
- Sánchez i Carcelén, Antoni, « La represión francesa durante la Guerra de la Independencia en Lleida », en Cristina Borreguero Beltrán (Coord.), *La Guerra de la Independencia en el Mosaico Peninsular (1808-1814)*, Universidad de Burgos, 2010, p. 773-792.
- Sarramon, Jean, *Contribución a la historia de la Guerra de la Independencia de la Península Ibérica contra Napoleón I*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2010, vol. I (manuscrito francés de 1967-1968).
- Sorando Muzás, Luis, « Aragoneses al servicio del Imperio », en José Antonio Armillas Vicente (Coord.), *La Guerra de la Independencia. Estudios*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, vol. II, p. 1235-1280.
- Suchet, Louis-Gabriel, *Memorias del mariscal... sobre sus campañas en España, 1808-1814*, edición de Pedro Rújula, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012 (1828).